

Las Poesías Completas

Marzo 1962

de Altolaguirre

3006174

Salvador Bueno

HACE dos años en un accidente automovilístico ocurrido en las cercanías de Burgos murió Manuel Altolaguirre. Ahora podemos leer sus "Poesías Completas" (1926-1959) en un hermoso tomo publicado por el Fondo de Cultura Económica en su colección "Tezontle" que estuvo al cuidado de Martí Soler y Luis Cernuda.

Manuel Altolaguirre pertenecía a aquel grupo de poetas cuya alta calidad y número permitió hablar a los críticos de un segundo Siglo de Oro de la lírica española. Era como el Benjamín de aquel grupo. Estaban entre ellos los poetas-profesores, como Jorge Guillén y Pedro Salinas; los poetas de veta popular, como Lorca y Alberti, y otros de tanta alcurnia como Cernudá, Larrea y Aleixandre. Sin contar algún jovencuelo dotado de genio que la guerra civil señalaría con subrayado trágico, como Miguel Hernández.

Había nacido Manolito Altolaguirre en Málaga, en 1906. Con su paisano Emilio Prado fundó "Litoral" una de aquellas revistas poéticas que tan pródiga fue la literatura hispánica en la década del 20 al 30. Cuando cumple los veinte años se lanza intrépido a publicar su primer libro de versos: "Las Islas Invitadas" que abre este volumen póstumo. Esta edición de "Tezontle" recoge sus otros libros, editados por el propio poeta, además de

poesías de la última etapa de su vida aún no recogidas en volumen. Se incluyen también sus versiones de "Adonais" de Shelley y "Festín durante la peste" de Puschkin.

Vale decir, en esta revisión rápida de su poesía, que M. A. no entrega la fuente fresca de su lirismo al cauce ultraísta, ni deviene poeta deshumanizado o puro como tantos otros que quisieron amputar, con el rigor abs-

tracto e intelectual, el hervor intuitivo y la corriente cálida de su propio verso. Quien lea ahora los versos de Altolaguirre hallará junto a la metáfora nueva una suerte de ágil ademán gracioso que viene quizás del barroco o se inserta —mucho más en lo hondo— en un garcilarcismo que sólo florecerá con vigor en años de madurez.

Porque en este poeta malagueño hay acaso una real gana que permite a su inspiración brotar porque sí, sin más alambicamientos, pero sin lastres antañones de retóricas superadas. Son así y nada más. Quedan precisamente en esta manera y con tal forma, y no deben ser tocados ni retocados. Ahí está su gracia y no puede ser recificada. Cuando Gerardo Diego le interroga para su antología lírica sobre sus cánones y sus guías, responde: "Mi poesía ostenta como principal influencia la de

Juan Ramón Jiménez, soporata la de Don Luis de Góngora y se siente hermana menor de la de Pedro Salinas".

Hermana menor, dice. No sé por qué esto de "hermana menor" siempre me ha parecido que define la poesía de M. A. al lado de la de sus hermanos de generación. Bien cierto es que había determinado los límites de su territorio y no pretendió saltar las fronteras. Ahí están sus opiniones sobre la poesía que en esta edición han sido incluidas con acierto por sus compiladores. Dentro de su propio ámbito, con cuánta gracia se mueve y con qué sutil precisión penetra hasta ciertas notas sentimentales que podrían clasificarse como un neo-romanticismo: "La poesía es reveladora de lo que ya sabemos y olvidamos. En ella, ensayamos la muerte, más que con el sueño. Ella nos libera de lo circunstancial, de lo transitorio. Ella nos hace unánimes, comunicativos. El verdadero

poeta nunca es voluntario, sino fatal".

Dentro de la diáspora española, la poesía de M. A. fue también como voz de la España peregrina, adolorida, conmovedora. Como tantos otros de sus compañeros de destierro, volvió a España para morir. Ya tenía muy querida la voz, querenciosa de la muerte, cuando partió hacia otros territorios. Y cuando ahora releemos sus versos advertimos quizá una escon-

didada previsión, un cortejo tácito a la muerte. Lo que ayer sólo era expresión melancólica, nos acontece pensar que es sólo visión del minuto postrero:

"Mi vida está enamorada
su prometida es la
(muerte)".

"Ven, muerte, que soy un
(niño
y quiero que me desnuden,
que se fue la luz y tengo
cansancio de estos
(vestidos)".

Volvemos a leer aquellos versos a Saturnino Ruiz, obrero impresor, escritos durante la guerra civil. Vemos a Manolito, como un angelote enorme, artesano y poeta, pegado a las máquinas de su imprenta, en la lenta y firme labor de todos los días, haciendo poesía con sus manos manchadas de tinta y de grasa. No podemos menos que recordarlo, la última vez que vino a Cuba, grande y grueso, siempre con sus ojos inocentes y risueños, oyendo con atención la voz interior de su poesía, viviendo el sueño de su vida, dejando oír con voz tenue los leves comentarios que la existencia le marcaba, sin atreverse a levantar la cabeza, presente y ausente a un tiempo. Habrá que escribir lo que él dejó estampado hace ya tiempo:

"Aunque no estés aquí
(sigues estando
en la memoria de los que
te vieron)".

3068175